



Construcción

de un nuevo Teatro ⁽¹⁾

Por la Secretaría de Obras Públicas, se ha expedido, con fecha 7 del presente (2), un decreto supremo, adjudicando á la Municipalidad de Lima el Teatro Principal, y autorizándola para la construcción de uno nuevo, en el mismo local que ocupa el que hoy existe, ó en el de la Caridad, que el gobierno pone á su disposición.

Supuesta y demostrada la necesidad de un Teatro, es de todo punto incuestionable que el actual no posee las condiciones que debe tener un edificio de este género. La estrechez del local, su feísimo aspecto, el mal gusto que ha presidido á su construcción y la pésima economía de sus departamentos son inconvenientes que á nadie se ocultan y que ponen de relieve la necesidad de que se trata. El supremo decreto citado, en cuanto satisface esta pública exigencia, aleja de sí la más leve observación.

Pero, no sucede lo mismo, tratándose de la parte dispositiva del decreto, en que se destina el local de la

(1) Este artículo y los que le siguen vieron la luz pública en *El Bien Público*, periódico que comenzó á editarse el 19 de diciembre de 1865. — (NOTA DEL EDITOR).

(2) 7 de enero de 1866.

Caridad para el nuevo edificio, en el caso de no emplear, con este objeto, el plano que ocupa el Teatro Principal. Apuntaremos, pues, algunas ligeras observaciones, que, *si como son atendibles son atendidas*, inclinarán el ánimo del Supremo Gobierno á reformar su decreto, en el sentido de señalar otro sitio para el proyectado edificio.

En primer lugar, notaremos la estrechez del local. Sabido es que la Escuela de Artes tomó para su uso una buena parte del antiguo hospital de la Caridad, quedando por esta causa bastante reducido el espacio que ocupaba. Si á esto se agrega que el nuevo Teatro debe tener dimensiones proporcionadas, no sólo á las necesidades de hoy, sino también á las de mañana, que ciertamente serán más crecidas, resulta puesto en claro el primer inconveniente, á lo menos, para todo el que conozca el sitio en cuestión.

La segunda dificultad, que se opone á la construcción de un Teatro en el lugar citado, es la poca extensión de su frente, tanto porque defrauda al edificio su belleza artística, cuanto porque contrasta notablemente con la importancia que todos le atribuyen. Aparte de esto, hay que tener en cuenta la situación del terreno, casi en la esquina de la calle; circunstancia no menos incompatible que la anterior, con la hermosura que debe ostentar la portada, y que dice muy mal también con el pomposo dictado de *Escuela de las Costumbres*, que se da al Teatro en la sociedad moderna.

Ya que se nos presenta la oportunidad, haremos una pequeña reflexión. Cuando se trata de la magnificencia y esplendor de un Teatro digno del *grado de cultura que ha alcanzado nuestra Capital*, entonces se echa en olvido al pobre que pide pan, al huérfano que pide padres, y al enfermo que pide medicina; pero, cuando se trata de la suntuosidad de los templos y de la pompa del culto divino (sostenidas ambas cosas con

rentas propias), entonces se grita en todos los tonos: ¡los pobres se mueren de hambre!, ¡los huérfanos no tienen amparo!, ¡los enfermos no tienen asistencia!, y ¿cómo es posible que se distraigan en *objetos inútiles* las rentas de las Iglesias, en vez de dedicarlas á satisfacer tan premiosas necesidades? ¡Hipócritas! ¡Humanitarios de mala ley! ¡Quiere cubrir la desnudez del pobre con los ornamentos del templo, y, entre tanto, insultan y escarnecen su miseria con el lujo de sus salones y la profusión de sus tesoros, en vanas ó culpables diversiones! Y esta es, sin embargo, la decantada filantropía del siglo XIX..... Terminado este paréntesis, continuemos.

Encontramos otro inconveniente en la cercanía de la Universidad al lugar que se destina para Teatro. Y esto, por dos razones: la primera, porque las actuaciones literarias y los acuerdos universitarios serán, si no interrumpidos, á lo menos turbados, por el inevitable ruido que trae consigo una función teatral; la segunda, porque las sesiones de las Cámaras y los debates parlamentarios, que, con alguna frecuencia, se realizan de noche, están expuestos á correr el mismo peligro. Y, aunque así no fuera, ¿no es motivo bastante poderoso el horrible contraste que ofrece la proximidad del Teatro al Santuario de las letras y al Congreso de la Nación? Sí: las emociones que produce el Teatro son muy diversas de las que produce la Ciencia y de las que experimenta el Legislador en el seno de las Cámaras, y esto basta para que no estén unidas escenas tan opuestas.

La última y más grave observación, que tenemos que hacer, es la que naturalmente se desprende del colindamiento del sitio destinado para el nuevo Teatro y el templo de la Caridad. Entraremos de lleno en la cuestión, y comenzaremos planteándola: en el caso de escoger definitivamente el lugar predicho, ¿se conservará el templo ó será destruído? No sabemos lo que sucederá,

pero sí que, en ambos supuestos, sufrirán detrimento los intereses del culto. En el primero, porque hay manifiesta incompatibilidad y abierta contradicción entre la música del Teatro y la música del Templo, entre la concurrencia del uno y la concurrencia del otro, entre las escenas de aquel y las escenas de éste. Sí, la hay: las ondas de una y otra música no pueden confundirse; las muchedumbres que asisten no pueden chocar, sin repleverse; entre unas y otras escenas, hay un abismo que con nada puede ser colmado..... renunciamos á describirlas, porque están grabadas en la conciencia de todos. Y siendo esto así, preguntamos, ¿es mejor el derecho del Teatro que el derecho del Templo? No, evidentemente; porque, aún hecha prescindencia de la superioridad del objeto de éste sobre el de aquél, hay en favor del último la posesión tranquila de su fin y de los medios de alcanzarlo. Que no se diga, pues, en adelante, como se ha dicho en otra ocasión, que la Iglesia perjudica al nuevo Teatro, siendo, como es, la verdad, que la construcción del Teatro hiere lastimosamente los derechos del Templo. En el segundo supuesto que llevamos hecho, no hay para qué decir que se sublevan los sentimientos católicos, sólo de considerarlo. ¡Aplanar un Templo para levantar un Teatro! Esto destroza el corazón menos sensible. Abatir los muros del sagrado recinto, reducir á polvo el tabernáculo en que habita el Dios de las alturas, destruir los altares en que se sacrifica la Hostia sin mancilla, y todo esto, para que surja de entre las amontonadas ruinas un suntuoso palacio dedicado al placer y deleite del pueblo! ¡Oh!, la indignación estalla en el pecho, con sólo imaginarlo. Y cuenta, que ese Templo fue tocado por el Ángel de la destrucción, y el Ángel tutelar del Templo paralizó su brazo exterminador; y convocó á todos los cristianos, y la viuda le dió su óbolo, y el artesano se quitó el descanso y le dió su trabajo, y la obra de exterminio fue burlada, y la obra de

reedificación concluída, y la Majestad de Dios irradió de nuevo en el nuevo Santuario, y otra vez se congregó el pueblo para admirarla y humillarse.

El templo de la Caridad es, pues, un monumento de la piedad de los fieles; representa el sudor de cien y cien obreros, que han consumido los ratos de ocio en esta obra de salud. Destruyéndolo, se burlaría la solícita piedad de aquellos, y se haría estéril el meritorio trabajo de éstos. Por último, el pobre y el ignorante no tienen otra escuela de civilización que el Templo; el Teatro, si puede merecer este nombre, sólo sirve para el rico y el ilustrado; y ¿será justo y *humanitario* dañar al pobre y al ignorante para beneficiar al rico y al ilustrado? la respuesta no es dudosa, á lo menos, para *todos los que abogan por el pobre, y defienden su causa.*

Concluiremos, excitando los sentimientos católicos del Supremo Gobierno y de la Honorable Municipalidad, para que mediten con detenimiento este asunto y no comprometan intereses tan sagrados. Mas, si esta circunstancia no fuera parte, lo que no creemos, á retraerlos de su propósito, siquiera puede serlo la consideración de los otros inconvenientes que hemos presentado.





D. Luis Arnaldo Jouanny

NECROLOGÍA

EL Ángel de la muerte, mensajero terrible de la Justicia divina, ha herido una víctima más, en el maldecido campo de sus victorias. El joven presbítero don Luis Arnaldo Jouanny, Profesor del Seminario, ha fallecido en esta capital el día 17 del presente. Al morir, nos ha dejado la memoria de sus virtudes y el estímulo de sus ejemplos; justo es, pues, que, cuando la loza del sepulcro ha cerrado su oído á las vanas alabanzas de los hombres, refresquemos en nuestro corazón, su grato recuerdo, tejiendo, siquiera sea á grandes rasgos, la breve historia de sus breves días.

El joven Jouanny nació en Lima el 29 de abril de 1836. Su niñez se deslizó tranquila y apacible, entre los juegos infantiles y las caricias maternas, así como el manso arroyo discurre en la pradera, entre las florecitas que lo adulan y los cariños del Sol que dora su corriente. Todavía niño, á los 7 años de edad, cuando la luz de la razón empezaba á alumbrar su espíritu, ingresó en el Colegio que dirigía, en aquella época, el señor Beausejour. Allí, su tierna inteligencia se abrió á los primeros destellos de la verdad, como la naciente flor abre su escondido seno al rocío matutino. En el corto espacio de 3 años, terminó, con éxito feliz, la carrera escolar de dicho Colegio. Allí, su dócil corazón prestó

atento oído y ejecutó con solícito afán las reglas de conducta que sus Profesores le dictaban; y levantó sus aspiraciones á lo alto, sin que la vara de la corrección le señalase el sendero; no de otra manera que el pequeño arbusto se alza al cielo con gentileza y donosura, sin que enderece su flexible tronco la mano del labrador.

Ya desde entonces demostraba nuestro alumno, con vehementes indicios, su vocación eclesiástica; ya desde entonces se entretenía, representando los augustos misterios del Cristianismo. ¡Espectáculo sublime el que ofrece un niño, en cuyos ojos brilla la inocencia, en cuyos labios juegan y se divierten las gracias, á quien adormecen los Angeles, rizando con el viento sus plateadas alas, y cuyo sueño velan con religioso silencio, en cuyo semblante se mira y se recrea el Dios de los humildes! Sí: ¡espectáculo sublime el que presenta este niño, vestido con las insignias del sacerdocio, y ejecutando con prolijo cuidado las ceremonias de la Misa!

En este tiempo, dispusieron los padres del joven alumno enviarlo á Francia, para que completase su educación iniciada en Lima. Aquí comienza esa larga cadena de sufrimientos que ha arrastrado, durante su peregrinación en el mundo. Abandonó el regazo de la familia, recibió la última caricia de su querida Madre, y abrazó á su Padre con tierna efusión. ¡Ay! ¡Quién le hubiera dicho entonces que ese postrimer abrazo encerraba el secreto de su vida y también el de su muerte! Cruzó uno y otro mar; ni la tranquila majestad del Pacífico, ni la terrible majestad del Atlántico dijeron nada á su corazón de niño; y era, también, porque ese corazón estaba vacío, y en ese vacío sólo resonaba el eco vago, confuso, lejano, del último adiós.

Llegado á Europa, ingresó en el colegio de *Saint Palais* de la ciudad de Bayona. Este colegio estaba á cargo de eclesiásticos, y merced á esta circunstancia, desplegó sus dotes para el Sacerdocio é hizo cierta su

divina vocación. Los tres primeros años discurrieron, sin otras emociones que las que experimentaba, cuando recibía un ósculo maternal escondido entre los pliegues de una carta. Entretanto, pasaba en Lima una tristísima escena. Junto al lecho de un hombre moribundo, veíase á su esposa desolada, mudo testigo de sus agonías, espiando el último suspiro para recogerlo en su seno. Ese suspiro salió hondo de su pecho, quizá porque vio la imagen de su hijo ausente en remotas playas..... En el término de la distancia, supo el desgraciado hijo la muerte de su Padre, y su corazón, oprimido por el dolor, hizo prorrumpir á los ojos en amargo llanto. Este hijo fue nuestro joven estudiante. Contaba apenas 13 años de edad, y, sin embargo, un sentimiento de profundo pesar dominó completamente su corazón, hasta el punto de afectar su delicado organismo, debilitado ya por su constante trabajo y aplicación al estudio. ¡Pobre niño! Rayaba ya la aurora de su juventud; el sol de su fantasía matizaba de purpurinos colores todo un mundo de ilusiones; y una nube siniestra eclipsó esa aurora; y estas ilusiones cayeron, como caen las hojas de la flor azotada por el vendabal.

A pesar de su intenso dolor, continuó nuestro joven el aprendizaje de las diferentes materias, que formaban el programa de Filosofía y Letras del citado Colegio. Terminada esta tarea, recibió el grado de Bachiller en la ciudad del Po (Países Pirineos), á los veinte años de edad. No hay para qué decir que su intachable conducta y su esmerada contracción á las ciencias, le conquistaron la estimación y el aprecio de todos sus superiores. Como una prueba de este aserto, citaremos el honoroso ofrecimiento de una ó dos Cátedras que le hizo el Director del Colegio en donde fue educado. Le movió á dar este paso no sólo el conocimiento de sus relevantes méritos y el deseo de premiarlos, sino también el interés de que estudiase las ciencias sagradas. El joven Jouan-

ny rehusó, aunque á pesar suyo, tan honorífica oferta. Diez años de doloroso apartamiento del seno de su familia, habían creado en su corazón la urgentísima necesidad de volver para estrecharla entre sus brazos. La tierna ave que surcó los aires, con raudó vuelo, y buscó en apartadas regiones alimento y clima, vuelve de nuevo al sitio querido en que vio la luz y desplegó las alas por primera vez.

Durante la navegación, aparecieron los síntomas inmediatos de la tisis pulmonar que ha causado su muerte. Este desgraciado accidente acibaró su gusto y el de su familia. Sin duda, porque Dios quería ceñirle la corona de la vida, marcaba su camino con la adversidad y la contradicción. No le permitió la compañía de su familia, sino para que sintiese en todo su rigor la amargura de un nuevo abandono, tanto más duro, cuanto había sido dulcísimo el apetecido encuentro. Y no hay por qué extrañarlo: el Salvador de los hombres ha dicho: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*. Nuestro amigo tenía escrita en su corazón esta máxima bendita y aceptó resignado el nuevo contraste. Habiéndose frustrado su proyecto de estudiar la Teología y de recibir la santa ordenación, porque la enfermedad arreciaba, resolvió su marcha á Jauja para reparar allí su quebrantada salud. Esta segunda separación podía ser la última, porque nuestro enfermo veía en perspectiva la imagen de la muerte y sentía que vacilaban sus plantas sobre el borde del sepulcro. Pero no fue así: la Providencia le tenía reservados nuevos sufrimientos para el fin de sus días. Su residencia en este lugar fue de 5 años. Durante este tiempo, no enterró, como el siervo perezoso del Evangelio, el talento que le había confiado su Señor; muy al contrario, procuró beneficiarlo en provecho de la Juventud, haciéndose cargo de la escuela municipal del pueblo citado. Los buenos frutos que cosechó son la prueba más elocuente de su

abnegación y de su celo. De la pequeña renta con que se remuneraba su trabajo, sustraía una parte que dedicaba á pagar un tributo de amor filial á su muy querida Madre. La completa libertad de que gozaba no fue parte á distraerlo de la vida cristiana que había practicado en Europa. Recibía los Santos Sacramentos de la Penitencia y de la Comuni6n una vez al mes, y fortificado con estos divinos auxilios, luchaba con la adversidad y la vencia. En los ratos, que le dejaban libres sus ocupaciones y dolencias, se dedicó á varios trabajos de estadística, tanto eclesiástica como civil y territorial, porque tenía á este ramo una afición particular.

Mientras tanto, su inteligencia tenía hambre de gustar el sabroso maná de la Teología y sed de beber en las sagradas fuentes de divina inspiración. Su corazón deseaba ardientemente unirse á Dios con un vínculo más estrecho, por medio de su ingreso al Santuario. Con el objeto de saciar su hambre, de aplacar su sed y satisfacer su deseo, vino á Lima, aún no restablecida su salud. El Seminario le abrió sus puertas para recibirlo; y al inaugurar el año escolar de 1863, tuvimos en nuestro seno al querido compañero, cuya muerte deploramos.

El Ilmo. señor doctor don Juan A. Huerta, Rector del Seminario, en aquella época, le encomendó la cátedra de francés, que desempeñó satisfactoriamente. En testimonio de esta verdad, reproducimos las siguientes palabras tomadas de la Memoria de la regencia de estudios del Seminario, leída en la actuación pública de 1863: "Esta ocurrencia (se refiere al escaso provecho obtenido en el curso de francés) es tanto más sensible para mí, cuanto que he podido convencerme de la asiduidad, del celo y de los sacrificios empleados por el Profesor, para lograr el adelanto de sus alumnos. Pocas veces ha estado la clase de francés tan bien atendida, porque pocas veces ha podido el Seminario poner al frente de ella á un individuo de su seno, que tenga

el noble estímulo de su amor á la corporación, para desvelarse por ella, en la parte que le corresponde. Espero que, en el año entrante, un fruto copioso venga á remunerar al Profesor citado, del único modo posible, el trabajo, que ve producir este año en tan pequeña escala”.

El año de 1864 concibió la empresa de dictar un curso de Griego, para que el Seminario no careciese de tan útil enseñanza; y la llevó á cabo, sin exigir del Colegio emolumento alguno. No encontramos palabras con qué encomiar esta conducta; mucho más si se considera la escasez de sus recursos y los rápidos progresos de su enfermedad. El Seminario hizo justicia á su mérito en dos documentos oficiales. Con efecto, en la Memoria de la regencia de estudios leída en la actuación pública de 1864 encontramos lo siguiente: “El señor Profesor don Arnaldo Jouanny tomó á su cargo la enseñanza de este curso (Griego) sin gravar en nada los fondos del Colegio. El Seminario le debe, pues, un voto de gratitud, porque lo ha servido con abnegación, consagrándole un tiempo que defraudaba quizá á su descanso; tal vez á su estudio”. Y en la exposición que el Ilmo. señor doctor don Juan A. Huerta elevó al Ilmo. señor Arzobispo, al separarse del Rectorado del Seminario, leemos el siguiente período: “Es el momento de hacer presente á US. Ilma. la bondad con que el joven subdiácono don Arnaldo Jouanny ha enseñado el curso de Griego, sin emolumento alguno, y esto cuando sus tareas se habían complicado en el año último escolar, por la enseñanza no sólo de la Analogía, sino también de la Sintaxis, Prosodia y Ortografía francesa, y cuando su salud har- to quebrantada apenas le permitía dedicarse al trabajo. Consigno este hecho para recomendar á US. Ilma. al joven Profesor, y para excitar en favor suyo la gratitud del Seminario. Jóvenes como el señor Jouanny son los que hoy, más que nunca, necesita el Seminario,

para llevar á cabo su progreso”. A tan cumplidos elogios, nada podemos agregar.

Vamos á aprovechar esta dolorosa circunstancia para ofrecer á nuestro querido amigo y respetado Profesor el tributo de nuestra gratitud. Sí: yo fui su discípulo; aprendí bajo su dirección la Analogía griega. Su constancia en enseñarme era mucho mayor que mi solicitud para aprender. Muchas veces le insté para que abandonase esta penosa tarea, y él redoblaba entonces sus instancias para que continuase estudiando. En el año de 1865, á pesar de la postración de sus fuerzas, no desechó el pensamiento de proseguir la clase, sino por mis reiteradas súplicas é intencionada inasistencia. Esta conducta revela cuanta abnegación atesoraba el desinteresado espíritu del joven Profesor y cuánta sería la estimación del Seminario todo hacia su persona. Por lo que á mí toca, nunca se borrará de mi mente su dulce memoria, y mi corazón elevará siempre una ferviente plegaria por su eterno descanso.

Entre las virtudes que el señor Jouanny cultivó en los claustros del Colegio, podemos enumerar su amor al trabajo y su exactitud en el cumplimiento de sus deberes como Profesor. Nunca se le vio ocioso, sino cuando su enfermedad le impidió el trabajo (1); ni jamás faltó á su clase, sino por un *gravísimo* motivo.

Veamos si el señor Jouanny satisfizo los deseos que

(1) Entre los trabajos del señor Jouanny podemos señalar los siguientes: algunos cuadros estadísticos acerca de la Iglesia universal y de la peruana, en particular; mapas detallados de los Departamentos del Perú y uno especial de la diócesis de Puno; algunos artículos descriptivos de las diferentes capitales del Perú, publicados en el *Ateneo*, periódico de ensayo de los Seminaristas; los programas de Analogía y Sintaxis Griega; un texto reducido de Analogía griega, redactado con método y precisión; y otros muchos trabajos, cuya enumeración sería demasiado prolija.

le trajeron á Lima. Estudió y rindió examen de los cursos de Lugares teológicos, Teología Dogmática (primer año) y Teología moral (primero y segundo año). Recibió las sagradas órdenes, en las cuatro ordenaciones sucesivas que tuvieron lugar en los años de 1864 y 65. Ungido sacerdote, en 23 de setiembre de 1865, se preparaba para celebrar su primera Misa el 8 de diciembre del mismo año, día consagrado á María Inmaculada. Pero nó: antes de sacrificar la Hostia de propiciación por el pecado de los hombres, es preciso que comparezca á dar cuenta de los suyos propios ante la justicia divina; antes de que Jesús, obedeciendo su omnipotente palabra, oculte su gloria bajo de groseros accidentes, conviene que él escuche sumiso el mandato de exterminio y esconda su cuerpo en la hoquedad de un sepulcro. La Providencia así lo había dispuesto. ¡Prueba terrible! Los nuevos sacerdotes son los únicos que pueden apreciarla; pero, al mismo tiempo ¡gran misericordia de Dios! El sacrificio de la Misa es tremendo. ¡Ay del que derrame, sin purificarse, la sangre del Justo! Sobre su cabeza proscrita estallará el rayo de la indignación divina. El nuevo sacerdote aceptó resignado la voluntad de Dios y se preparó á morir del mejor modo posible.

Al llegar aquí, no hemos podido continuar: no podemos describir, porque lo resiste el corazón, ni sus prolijos dolores, ni sus últimos sacramentos, ni sus tiernas conferencias con los numerosos amigos que lo visitaron, ni sus postreras agonías, ni su muerte..... La triste realidad es que ha desaparecido de entre nosotros, como desaparece el montecito de arena arrasado por el viento, como desaparece el arbolillo segado, en mala hora, por el hacha impía.....

Pero, ¿á quién nos quejaremos de esta desgracia? A tí, Dios mío, Señor Omnipotente, Arbitro Soberano de la vida y de la muerte. ¿Acaso era preciso que el rayo de tu cólera redujese á ceniza uno de tus ungidos? ¿No

ves, Señor, que el Santuario está desierto y tu Iglesia santa escarnecida? ¿Acaso era preciso cavar un sepulcro más y hundir en su seno á un Profesor del Seminario? ¿La muerte no se ha satisfecho todavía, con las cuatro víctimas que ha sacrificado á su furor? ¿Y por qué no ha venido el ángel tutelar del Seminario á luchar con el ángel exterminador y á vencerlo en porfiada y singular batalla? ¿Por qué, Dios mío?..... ¡Perdón, Señor!..... Mi labio torpe ha murmurado en tu presencia..... ¡Perdón, Señor, por tu infinita misericordia!.....

Lo secreta y misteriosa combinación de los acontecimientos, es la tarea que la Providencia divina nos ha reservado en el gobierno de este mundo.

Quizá, el alma de nuestro amigo florece en la presencia de Dios como lirio plantado en la casa del Señor; y el perfume de su oración aprovecha más á la Iglesia que el ejercicio de su ministerio en la tierra.

De propósito nos hemos extendido en esta Necrología. La memoria de los muertos moraliza el corazón, ya sea porque se recuerdan sus virtudes, ya sea porque se imitan sus ejemplos. Lejos de nosotros el pensamiento de que el joven Preshítero, cuya pérdida lloramos, haya sido una figura extraordinaria, capaz de atraer sobre sí las miradas de todos. Su mérito fue modesto, pero distinguido; por eso la envidia no le robó su brillo, ni la calumnia le clavó su diente.

El Seminario ha acostumbrado siempre consagrar una página de duelo á sus difuntos; y hoy ha cumplido este triste deber, aprovechando las columnas del periódico religioso.

